

Del tiempo: siglos y milenios

Domingo Vallejo de la Parte
Profesor de Filosofía de I.E.S.

Allá por el año 500 y pico de nuestra era, el monje Dionisio el Exiguo propuso reiniciar la cuenta de los sucesos de los tiempos, el año del nacimiento de Cristo, de acuerdo con las palabras de San Pablo que señalan a Cristo como «centro de todos los tiempos». Y lo hizo entendiendo que esa fecha correspondía con el año 754 *Ab urbe condita*, o de la fundación de la ciudad de Roma. De modo que teniendo a ese año como referencia, lo fijó como el año del nacimiento de Cristo, *año del Señor*; primero desde el que a partir de entonces contamos los años. Por eso, estos días nuestros, son los últimos del año 1999 y no los últimos del milenio, como se dice, ni, en consecuencia, el uno de enero próximo empezará el siglo XXI.

Pero todo esto son explicaciones, por lo menos, para doctores y licenciados, y si acaso para bachilleres con nota; para las gentes de la ESO, esas explicaciones y latines son antiguallas de la Historia y opiniones muy discutibles. Porque no se puede empezar diciendo que las cosas son así, es decir, como son, ni siquiera en cuestiones matemáticas de cálculos de años, como es el caso. Lo que hay

que hacer es no ser tan dogmático e intolerante y pedir opiniones, como manda la Logse, y luego ya veremos. Y lo que tenemos que ver es que el 2000 es un número redondo que nombra perfectamente un año no menos redondo que el número, el año 2000, año especial porque, además de venir con efecto, dará paso al nuevo siglo y hará que el año 1999 sea el último del milenio y del siglo XX. Esta es la manera razonable de contar y de entender los tiempos por parte de la sensibilidad común de ese tipo humano que llaman «hombre de la calle», sensibilidad a la altura de los tiempos de la ESO como digo.

Si bien se mira, no obstante, una es la verdad histórica, y otra la de las meras opiniones. Con esto de las fechas, como con cualquier afirmación, parece que cualquiera puede opinar y, por tanto, protestar porque se exprese la verdad con convicción. Da lo mismo que lo diga Julio César, que lo diga Julián Cerezas, como decía don Antonio Machado. Y de nada sirve que los profesores de Historia se empeñen en hacer comprender a los adolescentes, que si hablamos del año 754, año de la Fundación de Roma, estamos hablando del s.

VIII antes de C., porque eso será la opinión de los historiadores. Así las cosas, no sería de extrañar que el próximo año, al que ya se le tutea, como a los colegas, con la confianza que da el poner el artículo delante («el» 2000); diera comienzo el siglo XX, porque ¿a ver por qué en «el» 2000 va a empezar el siglo XXI? Lo lógico es que de 2000 salga el XX.

De todos modos, si hay dudas, no hay que romperse la cabeza, ni pensar mucho: empezará el día en que suelen empezar estas cosas, el día menos pensado.

Y, ciertamente, a broma habría que tomarse estas cosas si este jugar con los tiempos, los años y los siglos no escondiera el olvido de la Historia y de las historias memorables y, por eso, fundantes de civilización, como la de ese niño nacido en Belén que, desde entonces, ha alumbrado las noches de los hombres. Olvido que hoy, como corresponde a estos tiempos nuestros, lo hacemos con la borrachera del consumo; de modo que convencional y comercialmente celebraremos la próxima noche vieja como la última del milenio, noche para reírse del tiempo y olvidar que corre, y por eso noche más negra.